

DOMINGO III DE PASCUA (B)
Homilía del P. Joan M. Mayol, monje de Montserrat
26 de abril de 2009
Hch 3, 13-15. 17-19, Lc 24, 35-48

La predicación del apóstol san Pedro que hoy hemos escuchado en la proclamación de la primera lectura nos deja intuir que la experiencia de la pasión y muerte de Jesús marcó profundamente el corazón de los discípulos. Las palabras del crucificado recordadas por la fe de pascua curaron la herida incurable de su corazón. "Padre: perdónalos porque no saben lo que hacen". Todos habían traicionado el Maestro dejándolo solo en el monte de los olivos, habían huido después de compartir con Él el pan y el vino de la Nueva Alianza. Pero el amor de Jesús, transfigurado en el sufrimiento, consiguió arrancar del corazón de los discípulos el llanto de la conversión que san Lucas ejemplifica en la persona de san Pedro. La mirada fiel de Jesús puesta sobre el corazón de los discípulos se convierte en gracia y suscita el retorno de la alegría, el gozo de la conversión, la recuperación de la amistad. En la pasión del Señor, orábamos los días previos al Triduum Pasqual, nuestra debilidad encuentra su fuerza. En la pasión del Señor la sabiduría del amor sobrepuja toda elocuencia y sobrepasa toda razonabilidad. No es de extrañar pues que a lo largo de los siglos el sentir de la piedad popular haya guardado memoria, como María, de este recuerdo y haya encontrado en la contemplación del *vía crucis* el coraje del amor y de la fe. A menudo aquí en Montserrat esta fe orante se convierte en testimonio sugerente ante turistas y peregrinos. El recuerdo agradecido del amor de Jesucristo por cada uno de nosotros en su pasión.

Es por ello que la presencia de Jesús resucitado entre los discípulos lleva en las manos y los pies las señales de este amor fiel del Hijo de Dios. Incluso su corporeidad espiritual se acredita bajo los signos del comer el pan partido y el pescado pasado por las brasas, ambos símbolos del sufrimiento hecho vida. San Lucas en este pasaje ha dibujado magistralmente una bienaventuranza toda nueva, muy humana y cercana a nuestra cotidianidad: "Dichosos los que a pesar de las dudas escuchan y guardan la Palabra del Señor".

Los apóstoles sobre los que se fundamenta la razonabilidad de nuestra fe, a pesar de ver a Jesús resucitado dudaban; lo tocaron pero no por eso creyeron, la alegría les hacía desconfiar si no sería todo ello una alucinación colectiva, tan sólo la palabra de Jesús sobre el anuncio de su pasión y resurrección en la Escritura, les hizo poner los pies en el suelo, y fue esta palabra la que fue capaz de abrir sus corazones a la fe. Y la fe los convirtió en testigos del amor fiel de Dios.

Este amor de Dios que pasa por la pasión del Señor no tiene otra finalidad que nuestra conversión. El perdón anticipado de los labios del crucificado es la mano siempre extendida de su amistad fiel. San Lucas nos recuerda que el arrepentimiento y la conversión van ligados a la aceptación de Jesús y a la proximidad con los hermanos. A la aceptación de la persona de Jesús como Salvador, porque el arrepentimiento que predica el evangelio tiene su centro en el reconocimiento de Jesús que ha sido acreditado por Dios como verdadero Mesías; y la conversión cristiana va unida indisolublemente al amor fraterno como vemos descrito en la primera comunidad en la que nadie pasaba necesidad. Arrepentimiento y conversión: centralidad del amor de Jesucristo en nuestra manera de ser, conversión de nuestras formas de hacer frente a una vida fraterna que sea cada día más signo y concreción del Reino de Dios inaugurado en la Pascua. Es un reto presente en todos los tiempos pero quizás más aún en los momentos de crisis económica y moral de nuestros días.

Arrepentirse y convertirse: núcleo de la predicación de Pascua según el mandamiento del Señor. Arrepentirse y convertirse, pero, ¿de qué? -nos preguntamos a veces- No matamos ni robamos, no hacemos ningún daño a nadie. Esto, si es así, no es poca cosa, no está lejos del Reino de Dios, pero no lo es todo, el todo de la vida cristiana no se encuentra en lo que es bueno que no hagamos, sino en la experiencia y el anuncio del amor de Dios manifestado en Jesús, experiencia y misión destinadas por el amor de Dios a transformar realmente la vida humana, y aquí toda negligencia se convierte en desamor.

El amor de Dios a movido ficha, la exaltación del crucificado es la primicia de la victoria de todas las víctimas inocentes de la injusticia y del pecado del mundo. De ello nos ha redimido Jesús, de ello nos hemos de convertirnos y arrepentirnos: de la deshumanización mortal, y de la ignorancia o del rechazo de Dios que es su causa. Jesús, con su vida, ha acercado Dios a los hombres, el Hijo de Dios ha revelado al hombre el sentido y la finalidad de la vida humana, porque en verdad "el misterio del hombre sólo se aclara bien en el misterio del Verbo encarnado" que es la concreción humana del amor fiel de Dios.

El arrepentimiento y la conversión de todo egoísmo y de toda malicia son el camino de regreso a ese amor fiel de Dios manifestado plenamente en la pasión, la muerte y la resurrección del Señor, el retorno en definitiva a la verdad fundante del hombre que es el amor. Cristo nos ha hecho testigos. Por eso lo anunciamos en todo el mundo como la mejor de las noticias ciertas: ¡Dios nos ama, en el amor nos ha redimido del pecado! El sentido de este mensaje se profundiza en la Palabra de Jesús, su fuerza radica en el amor universal del crucificado, y la fuente de la alegría y su caudal de plenitud brotan de su resurrección que es también ya la nuestra. Sin arrepentimiento del pecado no hay reconocimiento del amor, sin conversión no hay fiesta, y pascua podría ser sólo una fecha en el calendario. Ahora pues, tocados en el fondo del corazón por la pasión y la muerte del Señor, arrepintámonos y convirtámonos de todo corazón a este amor fiel suyo para resucitar con él y convertirnos en sus verdaderos testigos.